



Alberto  
Vergara  
Paniagua  
Politólogo

## Adiós, Toño

**D**urante nueve años viví frente a la casa de la señora América, mamá de Antonio Cisneros, casa donde el poeta tenía su estudio. Cuando me mudé ahí acababa de entrar a la universidad y, aunque sabía de más que ese señor que llegaba en bicicleta, a pie o en carro, era el poeta Antonio Cisneros, aún no lo había leído, no imaginaba cuán grande era su poesía y, mucho menos, sospechaba que en el futuro me volvería hincha a muerte de

ella. Lo saludaba tímidamente desde mi vereda pero, con el paso del tiempo, terminamos conociéndonos. Solo algunos años después de haberme mudado ahí compré una antología suya que he leído, anotado, releído y cargado a cada una de las ciudades en las que he vivido en esta última década. Poeta inmenso. Todos estos años en los que lo he releído en el extranjero solo acumulé asombro y admiración por este hombre que conseguía hacerme reír con su poesía, que incrustaba incertidumbre histórica, risas

y bruma limeña en poemas incubados entre Ayacucho, Budapest o Londres, que al entreverar valses y boleros con los evangelios me convencía de que era nuestro Leonard Cohen. ¡Y yo lo conocía! Ya no podré saludarlo cuando pase por Lima. Ya no me gritará “¡sobrino!”, de un momento a otro en alguna esquina. En aquel país nuestro, el de Hermelinda, el que no le tocó en suerte a Almagro, el de los consagrados al niño Jesús de Chilca, uno de sus poetas mayores se ha ido. Gracias, Toño. Adiós, Toño. **P**

## CRÓNICA DE LIMA

Aquí están escritos mi nacimiento y matrimonio, y el día de la muerte  
del abuelo Cisneros, del abuelo Campoy.  
Aquí, escrito el nacimiento del mejor de mis hijos, varón y hermoso.  
Todos los techos y monumentos recuerdan mis batallas contra el Rey de los Enanos y los perros celebran con sus usos la memoria de mis remordimientos.

(Yo también harto fui con los vinos innobles sin asomo de vergüenza o de pudor, maestro fui en el Ceremonial de las Frituras).

Oh ciudad  
guardada por los cráneos y maneras de los reyes  
que fueron  
los más torpes —y feos— de su tiempo.

Qué se perdió o ganó entre estas aguas.  
Trato de recordar los nombres de los Héroes, de los Grandes Traidores.  
Acuédate, Hermelinda, acuédate de mí.

Las mañanas son un poco más frías,  
pero nunca tendrás la certeza de una nueva estación  
—hace casi tres siglos se talaron los bosques y

los pastos  
fueron muertos por fuego—.

El mar está muy cerca,  
Hermelinda,  
pero nunca tendrás la certeza de sus aguas  
revueltas, su presencia  
habrás de conocerla en el óxido de todas las  
ventanas,  
en los mástiles rotos,  
en las ruedas inmóviles,  
en el aire color rojo-ladrillo.

Y el mar está muy cerca.  
El horizonte es blando y estirado.

Piensa en el mundo como  
una media esfera —media naranja, por ejemplo— sobre cuatro elefantes,  
sobre las cuatro columnas de Vulcano.

Y lo demás es niebla.  
Una corona blanca y peluda te protege del  
espacio exterior.

Has de ver  
cuatro casas del siglo XIX  
nueve templos de los siglos XVI, XVII, XVIII.  
Por dos soles 50, también, una caverna  
donde los nobles obispos y señores —sus esposas,

sus hijos—  
dejaron el pellejo.

Los franciscanos —según  
te dirá el guía—  
inspirados en algún oratorio de Roma convirtieron  
las robustas costillas en dalias, margaritas,  
no-me-olvides  
—acuédate Hermelinda— y en arcos florentinos  
las tibias y los cráneos.  
(Y el bosque de automóviles como un reptil sin sexo  
y sin especie conocida  
bajo el semáforo rojo).

Hay, además un río.  
Pregunta por el Río, te dirán que ese año se ha  
secado.  
Alaba sus aguas venideras, guárdale fe.  
Sobre las colinas de arena  
los Bárbaros del Sury del Oriente han construido  
un campamento más grande que toda la ciudad,  
y tienen otros dioses.  
(Concerta alguna alianza conveniente).

Este aire —te dirán—  
tiene la propiedad de tornar rojo y ruinoso  
cualquier objeto

“Para calmar la duda  
que tormentosa crece  
acuédate, Hermelinda,  
acuédate de mí.”

Hermelinda, vals criollo

al más breve contacto.  
Así,  
tus deseos, tus empresas  
serán una aguja oxidada  
antes de que terminen de asomar los pelos,  
la cabeza.  
Y esa mutación —acuédate, Hermelinda— no depende de ninguna voluntad.  
El mar se revuelve en los canales del aire,  
el mar se revuelve,  
es el aire.

No lo podrás ver.  
Mas yo estuve en los muelles de Barranco  
escogiendo piedras chatas y redondas  
para tirar al agua.  
Y tuve una muchacha de piernas muy  
delgadas. Y un oficio.  
Y esta memoria —flexible como un puente  
de barcas— que me amarra  
a las cosas que hice  
y a las infinitas cosas que no hice,  
a mi buena o mala leche, a mis olvidos.  
Qué se ganó o perdió  
entre estas aguas.  
Acuédate, Hermelinda, acuédate de mí.

